

José Gómez Caffarena: una filosofía de la religión

José Gómez Caffarena. A philosophy of religion

CARLOS GÓMEZ

UNED, Madrid

RESUMEN. Tras recordar la intensa labor intelectual desarrollada por José Gómez Caffarena, se analizan la estructura y tesis fundamentales de su obra *El enigma y el misterio. Una filosofía de la religión*. A las consideraciones sobre la historia y estructura del hecho religioso se agrega un amplio estudio sobre las diversas posiciones ante lo religioso, conforme a una triple tipología inspirada en Dilthey, para articular finalmente una elaborada propuesta sobre la plausibilidad filosófica de la fe en Dios, en la que se abordan muy diversos problemas de la filosofía de la religión (panteísmo, providencia, mal físico y moral, etc.). Con un sólido conocimiento de la tradición escolástica y de la filosofía moderna (de Kant a las principales tendencias del pensamiento del siglo xx), Caffarena ofrece una sobria y matizada propuesta en la que defiende la posible conjugación de las cautelas de la razón con el aliento de la esperanza.

Palabras clave: Historia de las religiones, filosofía de la religión, monoteísmo, panteísmo, providencia, mal físico y moral, razón y fe, Dios.

ABSTRACT. After recalling the great intellectual work accomplished by José Gómez Caffarena, the following text analyses the structure and basic thesis of his masterpiece *Enigma and mystery. A philosophy of religion*. The book adds to its view on the history and structure of the religious fact a comprehensive inquiry about several philosophical approaches to religion, according to a well known framework inspired by Dilthey. Finally, it sketches an accurate sustaining the philosophical plausibility of the belief in God, which deals a lot of problems concerning philosophy of religion (pantheism, providence, physical and moral evil, etcetera.). Backed by a consistent knowledge of the scholastic tradition and modern philosophy (from Kant to the main currents of the twentieth century), Caffarena offers a serious and nuanced programme which advocates the possible combination of the cautionness for reason with the encouragement of hope.

Key words: History of religions, philosophy of religion, monotheism, pantheism, providence, physical and moral evil, reason and faith, God.

Como alguna vez tuve ya ocasión de indicar, no creo difícil atribuir a José Gómez Caffarena, además de muchos otros méritos, la condición de decano de la Filosofía de la Religión en España. Así lo sostuve en el comentario que realicé al li-

bro de José Egido, *Fe e Ilustración. El proyecto filosófico de José Gómez Caffarena* (prólogo de Javier Muguerza, epílogo de José Gómez Caffarena, Madrid, Publicaciones de la Universidad Pontificia Comillas, 1999), cuyo origen estu-

en la tesis doctoral presentada por su autor en la UNED, bajo la dirección de Manuel Fraijó, y que constituye el mejor estudio de conjunto sobre la obra de Caffarena hasta el momento de su redacción. Profesor en la Facultad de Filosofía de la Compañía de Jesús en Alcalá de Henares, más tarde en la Universidad Comillas en Cantoblanco (Madrid), además de profesor invitado en otras españolas (Autónoma de Madrid) o europeas (Gregoriana de Roma), Caffarena fue asimismo durante muchos años director del Instituto Fe y Secularidad, presidente del Foro del Hecho Religioso celebrado anualmente en Madrid hasta hace muy poco tiempo (presidencia compartida, hasta abril de 1996, con José Luis López Aranguren), a la vez que investigador en el Instituto de Filosofía del CSIC, donde lleva coordinando, desde la refundación del Instituto en 1985 por parte de Javier Muguerza —y hasta 2006, junto a José María Mardones—, los seminarios allí celebrados de Filosofía de la Religión, que han fructificado, entre otras cosas, en un buen número de publicaciones. Ha dirigido también el «Máster en Ciencias de la Religión» de la Universidad de Comillas y muchas otras actividades, en las que Caffarena ha ofrecido su reflexión y su palabra y ha tenido ocasión de escuchar con interés —y, sin duda, también con paciencia— muchas otras.

Públicamente he manifestado, en diversas circunstancias, el grato recuerdo que especialmente guardo de los seminarios desarrollados en el Instituto *Fe y Secularidad*, donde, con precarios medios económicos, se desarrolló sin embargo, bajo la dirección de Caffarena, una muy notable labor investigadora e intelectual, como lo prueba, por no referirme ahora a las publicaciones, el simple recordatorio de algunos de los filósofos, sociólogos, psicoanalistas o teólogos que, con mayor o menor continuidad, los frecuentaron,

como Juan Benavides, Alfonso Álvarez Bolado, José Luis Aranguren, Victoria Camps, Adela Cortina, Manuel Fraijó, Antonio García-Santesmases, José Antonio Gimbernat, José María González, Augusto Hortal, José Miguel Marinas, Javier Martínez Cortés, Manuel Reyes Mate, Javier Muguerza, Jacobo Muñoz, Carlos París, Justo Pérez del Corral, Juan Luis Pintos, Javier Sádaba, Fernando Savater, Ignacio Sotelo, Carlos Thiebaut o Andrés Tornos, entre otros, para debatir temas relevantes de las relaciones entre la «fe» y la «secularidad», en especial, y del pensamiento contemporáneo, en general, en un clima de tolerancia, diálogo e interdisciplinariedad (más notable en la época en que comenzó a desarrollar su andadura), alentado por Caffarena tanto ahí como en muchas otras actividades.

Pero, pese a requerir todas ellas una dedicación y un esfuerzo realmente importantes, no menos valiosa ha sido su producción intelectual, a la que aquí nos referimos. Sin aludir a estudios más propiamente teológicos, Caffarena publicó a lo largo de los años sesenta y comienzos de los setenta tres densas obras de *Metafísica (Fundamental, Trascendental y Religiosa)*, en las que su buen conocimiento de la escolástica se aliaba con una apertura, inusitada para el escolasticismo imperante entonces en España, a la filosofía moderna, de Kant a Heidegger o las plurales investigaciones en Filosofía del Lenguaje. Apertura y diálogo que no harían sino acentuarse en las décadas de los ochenta y de los noventa, en los que toma buena cuenta de los estudios de sociología de la religión, de la filosofía de la sospecha, de los diversos humanismos, de las corrientes estructuralistas o de las elaboraciones de la Escuela de Frankfurt, acompañado siempre de una relectura —cada vez más precisa y matizada, enormemente erudita, pero sin descuidar por eso los problemas fundamentales— de

Kant, tal como se manifiesta en su espléndido libro *El teísmo moral de Kant* (1984). El eje que ha presidido esa ingente tarea ha sido el diálogo entre una concepción cristiana muy depurada (que no duda en defender *La entraña humanista del cristianismo*, 1987) y la crítica radical de la Modernidad.

En estas condiciones, o, si se quiere, en el seno del así apuntado «contexto de descubrimiento», no es de extrañar el interés con el que se aguardaba su reciente obra, *El enigma y el misterio* (Madrid, Trotta, 2007, 700 pp.), de la que se conocían sin embargo algunos desarrollos que el propio Caffarena había facilitado a sus alumnos y en la que se condensan muchos años de reflexión, una amplia gestación y una redacción revisada, matizada una y otra vez hasta el extremo de que muchos pensábamos que ese afán por pulir el resultado lo haría peligrar. No ha sido así afortunadamente y de ahí que ahora podamos comentar lo que modestamente ofrece, según reza el subtítulo, como *Una filosofía de la religión*, de cuya amplitud y densidad sólo podremos recoger aquí su armazón estructural y algunas tesis básicas.

Y para empezar, señalar que, dado el carácter de la obra —nada «ocasional» o «coyuntural»—, en vano buscará el lector cualquier cómodo estribillo al respecto, pues no los encontrará en el ponderado estudio de Caffarena, que en ningún caso facilita recetas, pero sí variados motivos de reflexión, expuestos por lo demás con una declarada voluntad de claridad, lo que no empece para que, a trechos, la argumentación obligue a una lectura pausada, si no se quiere pasar por alto aspectos importantes —y en ocasiones, sutiles— de los debates planteados.

En la «Introducción», Caffarena trata de apuntar algunas pautas metodológicas, que serán sucesivamente precisadas a lo largo de la obra, así como ciertas líneas de

las relaciones entre filosofía y religión: ambas se ven alentadas por el asombro, primero ante la Naturaleza, pero más tarde, y sobre todo, ante lo humano, lo que vuelve al hombre enigma para sí mismo. Un enigma que quizá encuentre en la Naturaleza, como resonador, claves iluminadoras y tal vez una misteriosidad más radical y envolvente de su propio enigma, el cual tanto la filosofía como la religión han procurado afrontar. Por lo que, si se quiere elaborar una «filosofía» de la «religión», es preciso delimitar sus campos, pues la vecindad funcional no debería anular sus diferencias, sin por eso llevar a unilaterali-zarlas.

El cuerpo de la obra se divide en tres partes fundamentales. La primera, «El hecho religioso: historia y estructura» trata de ofrecer una presentación sumaria del hecho religioso, que implica ya, sin embargo, una cierta filosofía de la religión, aun cuando sólo fuera por la selección y acentos efectuados. Una presentación, que, según señaló ese excelente conocedor del tema que es Juan Martín Velasco en el comentario oral y público al libro en junio de 2007, resulta riquísima en su brevedad y en la que sucesivamente se analizan «Lo religioso ancestral», «La novedad de las religiones universales» y «La crisis moderna de lo religioso», concluyendo cada uno de esos capítulos con reflexiones que dan cuenta de la filosofía de la religión que guía esas búsquedas y que anticipan desarrollos posteriores. Muy fecunda y sugerente me ha resultado la discusión crítica realizada al final del capítulo segundo a propósito de la hipótesis bergsoniana de las «dos fuentes» de la religiosidad (la «religión estática», sin duda la más espontáneamente humana, y la más depurada «religión dinámica», la cual requiere, junto con la vivencia religiosa, una seria ilustración), hipótesis reasumida y matizada más adelante, al hablar en el capítulo ter-

cero del «futuro de la religión» y en el «Marginal sobre mística», y, más tarde aún, en la tercera parte.

Mas la segunda, por el momento, intenta dar cuenta de la diversidad de «Posiciones filosóficas ante lo religioso». Naturalmente, si el anterior era tema de envergadura no menos lo es éste (aun cuando resulte más limitado) y, a fin de orientarse en la multiplicidad de actitudes filosóficas y de argumentos, Caffarena elabora, siguiendo los pasos de Dilthey, una tipología trimembre conforme a *tipos ideales*, que probablemente nunca se den puros, pero que tienden a establecer ciertos «polos», desde los que puede resultar más inteligible la complejidad real. Modelos que responden ante todo a «temples vitales», prefilosóficos, y que tienden a generar diferentes «visiones del mundo», según se filosofe desde la «asunción de racionalidad total» (cap. 4), encarnada ejemplarmente por Hegel, desde «la prevalente evidencia de lo empírico» (cap. 5), que cuenta con su representante clásico más destacado probablemente en Hume, o «desde el sujeto humano y su búsqueda del “sentido de la vida”» (cap. 6), ejemplificado ante todo por Kant, siendo a tales «tipos» a los que Dilthey denominaba, respectivamente, «idealismo objetivo», «naturalismo» e «idealismo de la libertad», y a los que el propio Caffarena ya se había referido en un excelente artículo programático, «Filosofía de la religión. Invitación a una tarea actual», en el número inaugural de la revista *Isegoría*. Mas insistiendo siempre en que son modelos de análisis de una realidad mucho más compleja, en la que, sin embargo, se tiende con mayor o menor fuerza a alguno de esos polos, sin que hasta ahora se hayan dado filósofos que aglutinen en sí rasgos y acentos contrapuestos, ni parezca plausible que se lleguen a dar, por lo que, si se quiere «superar» la parcialidad de sus acercamientos,

quizá el camino más fecundo sea el de dialogar unos con otros, desdoblándose de algún modo en el filósofo que cada cual sea y el metafilósofo que procura —en la escucha— tomar nota de otras posiciones, más que la quimérica aspiración a un punto de vista total, sobre el que ya Ortega advirtiera que, además de algo contradictorio o precisamente por ello, es ciego.

Sin desmerecer los méritos de otros pasajes de la obra de Caffarena, y quizá debido a mis aficiones (o, si se quiere decir así, a «deformación profesional»), son éstas algunas de las páginas que más me han interesado, por la riqueza de argumentos contenida, tanto más teniendo en cuenta que el análisis no se limita a los filósofos-ejemplares de los tres tipos considerados, sino que, con anterioridad y posterioridad a ellos, se toman en cuenta otras elaboraciones aglutinadas conforme a ese esquema ternario. Así, y sin pretensión de exhaustividad, en el temple «idealista objetivo», el *Advaita Vedanta* de Shamkara, el argumento del *Proslogion* anselmiano o las propuestas de Spinoza y su impacto en la Ilustración, en lo que constituyó el *Pantheismusstreit*, además de un pormenorizado análisis de las *Lecciones de Filosofía de la religión* del propio Hegel. Por lo que al temple «empirista» o «naturalista» se refiere, la discusión del cuestionamiento racional del monoteísmo por parte de Hume es seguida analizando las posiciones de Russell, Wittgenstein, las «parábolas de Oxford», la *Philosophical Theology* o el «juego lingüístico religioso» inspirado en el segundo Wittgenstein. Y en cuanto a la «filosofía desde el sujeto humano», reclama, además de por supuesto a Kant, a Agustín, Feuerbach, el ateísmo humanista (Bloch, Sartre, Camus, Horkheimer), el radicalismo crítico de Nietzsche, los neotranscendentalismos cristianos, Zubiri, Jaspers o Ricoeur.

Cada uno de esos capítulos va precedido de unas reflexiones a propósito de los caracteres básicos del modelo a analizar y concluye con unas ponderaciones críticas, reflexiones y ponderaciones de gran interés, como las ofrecidas a propósito del significado de la expresión cotidiana, pero también elevada a categoría filosófica, «sentido de la vida». Capítulos que no sólo me han resultado interesantes, sino a veces incluso apasionantes, de algunos de cuyos desarrollos el lector de la obra de Caffarena ya tenía anticipos, y a los que quizá el reproche que cupiera hacer es lo desnudamente condensados con que los debates se ofrecen. Claro que las dimensiones de la obra son ya importantes y una exposición más esponjada amenazaría con llevarla a proporciones de todo punto desaconsejables. En contrapartida, y si no con el desahogo que a algunos nos hubiese gustado verlos desarrollados, tal condensación tiene la ventaja de ceñir sucinta y apretadamente lo nuclear, sin permitir extraviarnos por otros caminos, por *Holzwege*...

Finalmente se aborda la tercera y última parte del libro (a la que se consagra, sin embargo, la mitad del mismo), en la que Caffarena ofrece su propia reflexión filosófica, concentrada en la religiosidad monoteísta, para, más que intentar directamente una argumentación a favor o en contra, restringirse a *reflexionar filosóficamente sobre la plausibilidad de la fe en Dios*. Los cuatro capítulos que la constituyen van precedidos por unas precisiones sobre «Dios», «monoteísmo» y «sobre la indagación filosófica de plausibilidad». «Dios» es en principio exógeno al discurso filosófico (al que es más propio una noción del tipo de «lo Absoluto»), pues, si no se quiere redefinir arbitrariamente su significado, lo que deba entenderse por «Dios» ha de recabarse de la historia de las religiones y de la fenomenología de la religión, a través de las que

se expresa una voluntad muy explícita de trascender la multiplicidad hierofánica hacia el Misterio último, que para el creyente será además «Misterio invocable», «personal», radicando la actitud invocativa, más que en dirigirse a «Dios» con unas u otras formas verbales, en *actuar «según Dios»*. Ello supone una restricción al monoteísmo, que Caffarena justifica, según dice, por su propia limitación, además de por ser la religión mayoritaria en nuestras culturas y porque, en realidad, la búsqueda de plausibilidad filosófica referida a él resulta más ardua, al tratar, por una parte, de unir lo «Absoluto» y la índole personal, y por otra debido a la relación de dependencia que la fe religiosa atribuye al mundo respecto a «Dios», su «Creador».

En cuanto a la indagación filosófica de plausibilidad, Caffarena aprovecha para enunciar explícitamente rasgos metodológicos que ya habían sido de algún modo anticipados y que estribarían ante todo en *el rodeo hermenéutico* (renuncia a sacar el tema «Dios» de su contexto propio que es la fe del creyente monoteísta, sin intentar una «demostración filosófica de Dios», lo que no implica sin embargo renunciar a heredar algo de lo que hubo en tales intentos) y en unos presupuestos filosóficos que condensa en tres formulaciones (realismo básico, enfoque «fenomenológico-existencial», confianza en la «razón vital»), que no podríamos ahora detallar más, pero que llevan a diversificar el tema en dos bloques fundamentales: el primero indagaría la *coherencia interna* y una elemental argumentabilidad, el segundo la *coherencia externa* con la visión integral del mundo (incluidas las aportaciones científicas y humanistas), que evite un incorrecto aislamiento e inmunidad de los asertos religiosos. Y es esa división la que da lugar a los cuatro capítulos (dos por cada bloque) en que se distribuye toda esta tercera par-

te: los dos primeros afrontan la tensión entre «Dios único» (Absoluto) y «Dios invocable», bien examinando «lo Absoluto en perspectiva humana» (cap. 7), bien considerando «Dios» como «privilegio simbólico del amor personal» (cap. 8); los dos últimos la relación entre «Dios» y el Cosmos (cap. 9) (donde se abordan entre otros los problemas del «panteísmo», la «creación» o el «mal físico»), y la relación de «Dios» e Historia (cap. 10), lo que llevará a centrarse en las nociones de «providencia» (e inexcusablemente en el problema del «mal moral») y de «revelación».

El breve esbozo realizado hace ya ver que no es posible en esta nota dar cuenta de la compleja argumentación de Caffarena, que atiende a, y echa mano de, muy diversos registros. Valgan sólo unas mínimas observaciones sobre algunos de esos puntos. Con toda probabilidad, de esos cuatro capítulos, el que puede resultar más arduo al lector es el séptimo, en el que Caffarena retoma —pero, en su momento, también matiza o se distancia, según indica en diferentes notas— buena parte de sus *Metafísicas*, y es el propio Caffarena el que aconseja al lector que pudiera verse desalentado por desarrollos bastantes técnicos en ocasiones pasar a los capítulos siguientes. Con todo, yo animaría a quien esa opción tomase, a que no dejase de atender a las interesantes «Observaciones lingüísticas sobre “Dios”» del «Preámbulo» e incluso, al menos, a los primeros pasajes del apartado «Aportaciones del pensamiento metafísico tradicional», en donde Caffarena insiste, con un análisis muy fino de las afirmaciones (metalingüísticas) de «Dionisio Areopagita», en la posible fecundidad de la negación, de la tendencia al recurso apofático —y, en el límite, al silencio—, como correctivo al discurso religioso y al valor de la analogía, fecundidad que quizá no habría que entender

como una simple negación de todo alcance cognitivo para los intentos de lenguaje «teo-lógico», pero que, en todo caso, haría inevitablemente modesta cualquier pretensión cognitiva.

Como modestas, aun cuando pese a todo esperanzadas, son a mi entender las observaciones realizadas a propósito del denominado problema del mal, mal físico, mal moral. Qué duda cabe de que la existencia de tantos «males» en el mundo alza una fuerte objeción a la plausibilidad de la fe monoteísta, tanto mayor cuanto más se subraye la índole amorosa de Dios. Quizás a quien tenga tal «problema» por decididamente insoluble le parezcan sin embargo «excesivas», tanto como se lo parecerán a quien decida, prefiera o se vea abocado a mantenerse agónicamente en él. Como buen kantiano, Caffarena no ensaya una teodicea, a propósito de la cual ya Kant dictaminó el fracaso de todos sus posibles intentos. Pero esa insistencia desoladora del mal no le impidió a Kant una visión abierta en definitiva a la esperanza, como tampoco se la impide a Caffarena, que no sólo se inspira gustoso en Kant (aunque, a veces, para ir «con Kant, más allá de Kant»), sino que incluso se declara, según hace explícitamente en el prólogo, «un creyente cristiano». Esperanza y creencia que, es de suponer, se mantienen, no *por* el mal, sino *a pesar de él*, en función de otras «realidades» también presentes entre los hombres. Caffarena no trata, como decimos, de «solucionar» el problema, ensayando así una suerte de «nueva teodicea», sino de reenforcarlo a fin de «que no se magnifique hasta hacerlo insoluble por principio». Un problema que no es *soluble*, pero que tampoco se quiere hacer por principio *insoluble*, se trueca entonces en algo a *conllevar*, no con la pasividad de quien lo ve pasar como mero espectador de los acontecimientos del mundo, sino con la resistencia moral e intelectual de

quien se enfrenta en la medida de lo posible a él, mas no se deja agostar por él; o, si se quiere, y aun mirándolo de frente, no se deja hechizar por él, para, al cabo, encallar en él.

En la estela de Rousseau (que quería agregar «el peso de la esperanza al equilibrio de la razón») y de Kant (para quien la *Hoffnung der Zukunft*, la «esperanza de futuro», desequilibraría los brazos de la «balanza de la razón»), pero también de muchos otros menos ilustrados e ilustres, pero no por ello menos zarandeados por el mal ni menos enfrentados a él, Caffarena quiere conjugar *esperanza* y *razón*, defendiendo con muchas cautelas, sabedor de que otras actitudes son posibles, la plausibilidad filosófica de la fe en Dios. De nuevo aquí, a quienes prefirie-

ran ir hasta una argumentación directa de la verdad de lo que trata de presentarse como plausible les sonará a muy *poco*, mientras que otros, en cambio, lo tendrán por *demasiado*. A Caffarena, por su parte (y a pesar de la extensión y, a trechos, la densidad de una obra que es también el testimonio, vital y pluralmente intelectual, de toda una vida), le parece *suficiente* argumentar tal plausibilidad en el Misterio invocable para mantenerse fundamentadamente en la convicción, razonada hasta donde resulta posible y por ende razonable, de que «no es ninguna necesidad ni locura *esperar*».

Esperemos, en efecto, que sea así y, mientras tanto, a José Gómez Caffarena, por su paciente y su sobrio apasionamiento, y por su detenida reflexión, gracias.